

Viaje de largo recorrido

Porque todos hemos sido pasajeros en alguna ocasión de ese tren que se encarrila sin remedio a la abismal negrura de un túnel que parece no tener fin y nos llena de temor, para descubrir que por largo y sinuoso que parezca su recorrido, y grueso el balastro que toque sortear como firme, siempre terminará asomando la luz al final del mismo, y aflorar nuevas esperanzas que nos hagan disfrutar del viaje.

Fin

Lunes, 28 de febrero de 2022. Eran las nueve y media de una fría mañana. Después de tomar el habitual café cortado y una tostada con aceite, me dirigí a la habitación donde María instaló su dormitorio dos meses atrás. Encontré extraño no haber escuchado su trasteo por el piso. «Seguro que ha tenido mala noche», pensé. Quería advertirle de mi intención de ir al cajero para poner al día las libretas y comprar lotería. Allí no estaba, busqué en el salón. La encontré sentada en el sofá, con un libro abierto encima del regazo y las manos sobre él. No me contestó, me acerqué para comprobar si estaba dormida y descubrí su rostro sereno con los ojos abiertos. María había fallecido, en silencio y sola.

Retiré el libro de sus diminutas manos. Supuse que el obstinado insomnio la hizo salir de la cama para continuar leyendo esa novela que la tenía atrapada. Consiguió llegar al final, después coloqué el punto de lectura en aquella última página y lo llevé a mi mesita de noche. Hasta pasados doce meses no he sido capaz de leerlo, pese al propósito de hacerlo. Hoy he comenzado por el último párrafo, aquel que cita el tren del que todos somos pasajeros encarrilados hacia un negro y largo túnel, para desembocar al final en la luz que traería esperanza.

Estoy sumergido en los últimos pensamientos que pudo tener María, intento fusionarme con ella, la veo dirigirse sola hacia la luz prometida. Decidida, independiente, sin mi escudo protector. Mientras yo me quedo enredado en un ovillo de recuerdos.

Nuestras vidas, durante los últimos tiempos, transcurrieron de forma paralela, con armonía y sin tropiezos, como dos vías de ferrocarril, compañeras en la misma ruta y dirección, pero siempre equidistantes. Quizá se nos olvidó el gozo compartido de amar y la mirada del deseo dio paso a la rutina repetitiva. Comenzó el declive hacia una cómoda convivencia, la hicimos tan perfecta que sucumbió en el mutuo aburrimiento.

Las fricciones de los primeros años de vida en común fueron superadas por la complacencia y el evitar saltar a la menor contrariedad. Conservamos intacto nuestro decadente idilio sin mirarnos a los ojos. Mientras yo hablaba bla, bla, bla, bla, tú ponías rostro de escucha, pero no atendías y tus bla, bla, bla, bla,

no eran importantes para mí. Los amantes, amigos y compañeros de complicidad dejamos evaporar esa pasión y caímos en una cómoda equidistancia.

Después de tu fallecimiento comencé a mirar hacia atrás, a recuperar nuestros recuerdos y me invadió la añoranza de tu sonrisa, de tus abrazos y cada mañana te he estado viendo sentada en el sofá con los brazos sobre tu regazo y tus enormes ojos, aquellos que un tiempo atrás creí no me miraban, ahora lo hacen. Ya puedo escuchar tus bla, bla, bla, bla y también cuando me susurras al oído que soy un desaliñado y otras cosas. Es cierto, lo soy, pero cada día menos desde que te presiento y escucho tus advertencias.

He aprendido mucho. Antes no era consciente del binomio que formábamos. He recuperado la calma y un sentimiento sereno me acompaña desde que ambos hemos vuelto a mirarnos. No sé cuándo nos soltamos de la mano, debió de ser casi imperceptible, poco a poco, las discusiones por tonterías nos fueron aislando en vez de hablar. La pereza nos paralizó, caímos en la convivencia indiferente que no supimos evitar.

Mi querido Salva, yo lo veía venir desde mucho antes de suceder, nos conocíamos tan bien, que preveíamos nuestras acciones, despistes, olvidos, perezas... En ese tiempo no nos permitíamos pasar nada por alto. La falta de auténticos problemas hizo que las incoherencias comenzaran a ser nuestro problema. Cuando fui consciente aflojé riendas y me dejé llevar por un fluido de aguas mansas. Estaba cansada de réplicas absurdas que no conducían a nada. Era un poco tarde, pero me decidí a mirarte con nuevos ojos. Aquellos que te descubrieron en mi juventud no podían volver, imposible recobrar el brillo audaz que te atrapó.

Un día, me puse a adaptar unos pantalones que, sin saber cómo, me quedaban amplios. Fue al darles la vuelta para estrechar las costuras cuando me vino al pensamiento el símil con nuestra convivencia: «dar el giro a las cosas», «arreglar desde el interior». Recuperé la prenda que tanto me había gustado, ajusté mis apreciados pantalones, pues no quería desprenderme de ellos ni dejarlos olvidados en un rincón del armario. Pensé que a ti tampoco debía desdeñarte, aunque fuera algo tarde, pondría de nuevo en valor tus cualidades.

¡Cuántas veces he dicho que eras desaliñado!, un desastre a la hora de vestir. Lo repetía tanto que, inseguro, me consultabas siempre. Eso también me enojaba. No cabía en mi cabeza que algo tan simple dificultase tu primera acción de la mañana. En realidad, la ropa nunca fue importante para ti, siempre decías tener de todo y no deseabas nada nuevo. Llegué a comportarme como una madre con su hijo. Compraba tu ropa, esperaba a que decidieras probarla, la cambiaba si era necesario, subía el bajo de los

pantalones y los colgaba en el armario. Hasta el día en que un vendedor al escuchar mis dificultades dijo:

—No se complique la vida, haga como otras mujeres, ponga la prenda en el armario, él no se dará cuenta y comenzará a usarla.

Seguí el consejo, compré los vaqueros de tu talla, cogí el dobladillo, los lavé y una vez listos te los presenté, acompañados del siguiente comentario:

—Mira lo que he encontrado entre tus pantalones, estos vaqueros de hace tiempo, están impecables. Póntelos para saber si te caben.

Te los probaste sin rechistar, después me dijiste:

—Pues sí, me quedan perfectos. Eso es porque he debido de adelgazar.

Al descubrir tu confianza, una sonrisa afloró a mis labios, había hallado la fórmula para comprarte prendas sin discutir. Tú, en cambio, en ocasiones sí descubrías algunas de mis compras:

—¿Esto es nuevo? No te lo había visto.

—No, qué va, hace tiempo que lo tengo.

—María, cuando te hablo, mírame a los ojos, no estés pendiente de todo lo que pasa alrededor, si no quieres escuchar dímelo.

Esa era mi constante, captar tu atención sin que te dispersaras en otras cosas. Eras intensa en tus aficiones, te volcabas. Guisabas con rapidez, con el calor puesto al máximo y el extractor de humos también a tope. A mí me hubiera gustado verte actuar con más calma, eras muy impaciente para todo. En ocasiones olvidabas apagar algún fuego de la encimera eléctrica, por suerte, tenía un *piloto chivato* que avisaba. Eso sí, disfrutaba tu comida. Pero tú refunfuñabas cuando hacía algún comentario negativo.

—Salva, solo comentas los fallos, me gustaría escuchar más valoraciones positivas...

Apreciaba tu sentido del humor en la intimidad. Si era público y en tu jocosidad me veía implicado, ya no lo disfrutaba tanto. Recuerdo cuando te aproximabas juguetona a mi espalda para hacerme creer que le harías un masaje. Te limitabas a dos toques, seguidos de un golpecito que venía a decir: «¡Ya estás!», después, tras mi ronroneo de súplica, me premiabas con el masaje. Ahora, siento tus manos menudas aliviando mis contracturas. Me relajo, respiro profundo y estoy feliz. Sí, te he descubierto en el sofá, mirándome, observando cómo me desenvuelvo sin ti, considero me sigues cuidando, acompañas

mi soledad en silencio. Desconozco hasta cuando percibiré tu presencia, el tiempo lo pondrás tú. El día que te liberes de mí, de la dependencia que sufro por tu falta, entonces desaparecerás del sofá, de nuestra cama y yo me enfrentaré solo en la cocina y olvidaré apagar la encimera eléctrica o la luz del pasillo.

Admiraba tu talento, curiosidad e inquietud por saber. Confiaba en tus criterios justos y acertados. Tu falta de rencor me sorprendía, lograbas disculpar mis errores y mis chanzas. Te enfadabas, pero pronto recuperabas el tono tranquilo, yo, en cambio, rumiaba más mis enojos. Me exasperaban tus consejos y cuidados, peleaba por mi autonomía, tu asistencia permanente me agobiaba. Era difícil escapar de esa constante dedicación. Por ello, en ocasiones, me provocabas una reacción irascible. No podía aceptar la comodidad paralizante que me ofrecías. Frustraba mi libertad. Pero sí, admitía ayuda en aquellas cuestiones que manejabas muy bien.

«Nunca dejaré de quererte».

Mi voz interior, lo repetía una y otra vez. «Nunca dejaré de quererte».

Te había elegido como compañero en el viaje de la vida. Nuestro tren no iba a descarrilar ni detenerse por muy dificultoso y largo que fuese el recorrido.

—Salva, estoy deambulando, perdida, en un entorno de espejismos y visiones. Soy energía intangible, modelas mi imagen en tu cerebro. Aparezco en el sofá por deseo tuyo, tienes la capacidad de configurarme y, a pesar de no poder abrazarnos, nuestras miradas han vuelto a encontrarse para reparar viejos errores, nunca fuimos indiferentes. Ahora debemos terminar nuestra historia. Requería tiempo, soledad y silencio.

—¿Estás preparado? En ese caso, libérate de mí, terminemos el recorrido del túnel. Nos espera la luz.

Salva cogió el punto de lectura, anotó la fecha. Martes, 28 de febrero de 2023, lo introdujo en la última página del libro y lo cerró.